

LA CASA DEL MIEDO



Un trueno hizo temblar la casa. La puerta estaba abierta y el viento hacía que golpeará contra el marco. La lluvia era una cortina pesada y su voz se mezclaba con el rugido del mar.

Miguel cerró todavía riéndose entre dientes. Era discreto, pero con el temporal que se había desencadenado, de haber reído a carcajadas tampoco lo hubieran oído. Se sentía mal por la broma que había gastado, pero era mejor que la otra opción. El pobre había salido espantado. La casa estaba sumida en la absoluta oscuridad, iluminada esporádicamente por la luz de los rayos. Desde el rincón donde permanecía sentado, Miguel lo había visto entrar. El hombre se había colado en la casa abandonada buscando refugio, tan desesperado, que incluso debió olvidar la leyenda que mantenía alejada a la gente. Los rumores decían que era habitada por fantasmas atormentados. Los alteanos no eran los únicos que evitaban el lugar. Miguel era un simple

labrador, se consideraba una buena persona. Lo que hacía para los contrabandistas era portar mercancía de un punto a otro para sacar unos cuartos de más. No era partidario de la violencia. Por eso, cuando aquel pobre diablo entró en la casa abandonada en busca de refugio no hizo uso del puñal, sino de la astucia. El hombre no había notado su presencia. Miguel solo tuvo que acercarse sigilosamente por la espalda, ponerle una mano sobre el hombro y preguntar:

—¿Aún llueve ahí afuera?

Aquello había bastado para que el pobre se esfumara por la puerta. Por seguro que contaría la anécdota y puede que en unos días Miguel supiera la identidad del hombre.

Volvió a sentarse en su rincón. Suspiró cansado, quería volver al calor de su hogar. No por miedo, pues la casa no estaba encantada ni mucho menos, aquello eran historias forjadas por los contrabandistas para tener un punto de recogida y entrega de mercancías. La gente se creía cualquier cosa, que malas eran las habladurías. Su contacto ya tenía el zurrón en el que se ocultaba el botín. El contrabandista era poco hablador y tras coger la mercancía se instaló en la única habitación de la casa. Miguel estaba agradecido que el tipo no intentara conversar con él. El contrabandista no le había pagado ni devuelto su zurrón, lo cual significaba que tendría que llevarlo a otro punto o dar un mensaje, entonces recibiría lo correspondido.

Se arrebujó cuanto pudo entre las ropas. El aire estaba helado. La casa tenía una chimenea, pero nada para hacer leña. Consideró que en una noche

normal, un fuego atraería a alguien más curioso que asustado, sin embargo no era el caso. Una vez más miró a su alrededor, no había nada que pudiera quemar. La casa estaba vacía. Al poco comenzó a dar cabezadas, vencido por el sueño.

Un trueno lo sobresaltó. Tenía a alguien delante, se quedó muy quieto. Su vista se había acostumbrado a la oscuridad y en ella pudo distinguir una silueta negra, era la de un hombre. Cayó en la cuenta que aquel debía ser el contrabandista.

—Estás temblando —le dijo.

Miguel notó que era cierto. La habitación estaba helada. Le castañeaban los dientes. No sentía los pies ni los dedos de la mano. Por seguro los tendría azules. Las costas del mediterráneo solían ser de temperaturas cálidas, pero cuando venía el frío, sumado a la humedad, este se calaba en los huesos. Pero aquella noche era distinta, Miguel nunca había visto una tormenta de esta magnitud ni conocido un frío igual.

—Tendríamos que hacer un fuego —dijo Miguel, con voz trémula. — ¿Hay algo en la habitación que podamos usar como leña?

—Lo único que hay en esta casa es el taburete sobre el que te sientas.

¡Pues claro! pensó Miguel. Rompió el taburete comenzando por las patas, la madera era vieja y ardería con facilidad. Con ayuda del puñal hizo yesca, tardó un poco, pero al final Miguel consiguió encender un fuego. Aparte de brindar la idea, el bandido no hizo mucho más.

A la luz de la lumbre Miguel vio que su contacto era un joven de rasgos moriscos, que no tendría más de veinte veranos. Tenía una cicatriz en el labio que le llegaba a la mejilla. Aun así, era agraciado.

Ambos quedaron sentados frente al fuego disfrutando el momento. Miguel comenzó a sentirse mejor. Entre la tarea y el calor de las llamas había dejado de temblar. Los dos permanecieron en silencio, pero Miguel estaba agradecido y sentía que debía decir algo. El hecho que el contrabandista fuera tan joven le resultó menos intimidante.

—Muy buena observación, la del taburete. Pensar que estaba sentado sobre mi respuesta.

El chico sonrió mientras asentía. De no haberlo oído hablar, Miguel habría pensado que el joven no lo entendía.

—En fin, gracias.

—No hay de qué —se encogió de hombros—, ojalá lo hubiera pensado antes.

Y esa fue toda la conversación que tuvieron.

A la mañana siguiente Miguel fue despertado por unos golpes en el hombro.

—Eh, levanta.

Abrió los ojos, una luz mortecina se filtraba por la ventana. El mundo parecía pintado con una paleta de tonos grises. El aire era fresco, para nada tan frío como la noche anterior. La lluvia había cesado. Miguel escuchó el canto de los pájaros y el graznido de las gaviotas. El día parecía prometer ser calmo. Se levantó un poco confuso, mirando a su alrededor. El tipo que lo había despertado, lo observaba desconfiado. Miguel lo ignoró, buscaba al joven al que no veía por ninguna parte.

—¿Trajiste la mercancía?

Aquello fue una bofetada de realidad y se volvió hacia quien lo interrogaba. Los contrabandistas no necesitaban uniforme, cualquiera podía ser un ladrón. Pero el gesto autoritario, casi amenazante, sumado al trabuco y a la espada de su cinto confirmaban, lo que era. Aquel no era tan tranquilo como el joven de anoche.

—Sí. Tú compañero lo guardó ahí —señaló hacia la puerta de la habitación.

La expresión del contrabandista heló la sangre de Miguel, recordó con que clase de gente estaba tratando. El tipo sacó el trabuco y lo apuntó.

—¡He traído la mercancía! Esta en el zurrón, ¡lo juro! —exclamó, con las manos en alto. —¿Pero qué he hecho?

—Yo soy tú contacto, el temporal me pilló a medio camino y tuve que buscar refugio.

Al oír aquellas palabras quedó lívido, el joven no pertenecía al grupo de bandoleros. Sin dejar de apuntarlo, el contrabandista fue hacia la habitación y abrió la puerta. Echó un vistazo dentro y luego estudió la expresión de Miguel.

—¿Quién era? ¿Conocías al hombre al que entregaste la mercancía?

Miguel imaginó que el zurrón estaba allí, de lo contrario, estaría muerto. Describió al joven con detalle, jurando que no lo conocía de nada.

El bandido bajó el arma.

—¿Qué hizo cuando te recibió? ¿Dijo algo?

Miguel contó la historia, omitiendo al pobre al que había asustado, no necesitaba más líos. Para cuando terminó de hablar, el bandido ya había guardado el trabuco y vaciado el contenido del zurrón en un saco.

—Muy bien. Aquí tienes la paga —dijo, entregándole unas monedas, el equivalente a un mes de jornal.

Miguel se dio cuenta que el bandido conocía al joven y estaba preocupado, no podría tener la consciencia tranquila si callaba. El contrabandista se encontraba en la puerta cuando Miguel se armó de valor.

—Mira, sé que lo conoces. No hizo más que buscar refugio, tampoco se ha llevado el botín y pudo hacerlo. Es un buen chico.

El contrabandista suspiró mientras dejaba el saco en el suelo.

—Lo era.

—¿Cómo?

—Lo llamábamos Mestizo, no tenía otro nombre. Pertenecía a los nuestros, era bueno en lo que hacía menos en derramar sangre, respetaba mucho la vida. Así que el jefe lo dejó como portador de mercancías y mensajero. Él hacía lo que tú ahora—vaciló unos instantes antes de continuar. —Es curioso como se repite la historia. Hace once años hubo un temporal como el de anoche. Mestizo trajo una carga que yo debía recoger. Una vez más, no pude llegar a tiempo. A la mañana siguiente lo encontré sentado en ese taburete que convertiste en leña. Estaba frente a la chimenea aferrado al botín, supongo que soñaría con el calor de la lumbre. En cuanto lo vi, supe que estaba muerto. Parecía dormido... en fin. El frío se lo llevó.

Miguel quería pensar que la historia era un cuento cruel para asustarlo, pero en los ojos del contrabandista leyó la honesta tristeza de un hombre que se culpaba por no haber llegado a tiempo.

El contrabandista se cargó el saco al hombro y luego señaló a los restos de la chimenea.

—De verdad, una lástima que no se le ocurriese antes.

Sara Herrera Esteban

22/09/2019